

1. La verdad y lo verdadero

Lo primero acerca de lo cual reflexionaremos es la *verdad*. Y esto por la sencilla razón de que todo esfuerzo de conocimiento tropieza de entrada con el tema de la búsqueda de la verdad.

Todos ya habremos dicho alguna vez, o escuchado a otros decir: «Quiero saber la verdad sobre tal cosa». Tal expresión es absolutamente redundante, puesto que sólo es posible conocer *la verdad*. La falsedad o la mentira simplemente no sería posible conocer, porque no existen. Lo falso no existe. En cambio lo verdadero sí. No se puede conocer sino lo verdadero.

Actitudes antagónicas a la verdad

Hay algunas posiciones o actitudes que cuestionan la posibilidad de alcanzar la verdad o pretenden poder encontrarla en donde ella no puede hallarse. Veamos aquí tres posiciones posibles:

a. El escepticismo: Para el escéptico no existe nada verdadero o falso; todo es igual y tiene el mismo valor puesto que somos incapaces de saber lo que es verdadero y lo que es falso; simplemente no tenemos nada que pueda llamarse sabiduría o conocimiento o posesión de la verdad.

Contra esto podemos preguntar: Si esto fuera cierto ¿sería igual que pudiésemos construir nuestros puentes con papel o cemento? ¿Daría lo mismo que fuésemos hacia el norte o hacia el este para llegar al mismo lugar?

b. El relativismo: De acuerdo con esta visión, las cosas que pueden ser verdaderas para uno, serían falsas para otro, y aquello que sea verdadero para mí es falso para otro; o que aquello que fue falso en algún momento de la historia, podría ser verdadero en otro.

La actitud opuesta es aquella que sostiene la existencia de verdades objetivas e inmutables; verdades que si verdaderas, siempre verdaderas.

c. El pragmatismo epistemológico: La actitud pragmática consiste en la idea de que lo verdadero es aquello que *funciona*. Se enfatiza fundamentalmente la acción y los resultados prácticos como medida de la verdad.

Contra esto, hay quien sostiene que la verificación práctica de la acción o experiencia es desnecesaria, dado que todo hombre logra alcanzar la verdad con el sólo uso de la razón.

Los problemas propuestos por estos antagonismos levantan problemas fáciles –«¿Qué es la verdad?»– y problemas difíciles –«¿Qué es lo verdadero?».

Verdad en sí y verdad comunicada

Lo más fácil es responder a la pregunta acerca de *qué es la verdad*. Esta pregunta la sabemos responder más o menos todos, puesto que tenemos una noción relativamente clara acerca de la verdad. De hecho, logramos distinguir en nosotros cuando *decimos la verdad* y cuando *mentimos*.

Cuando decimos que tal cosa *es* cuando en realidad pensamos que *no es*, sabemos que estamos mintiendo. Esta sustitución de lo que *es* por lo que *no es*, significa contar una mentira. Decir, pues, la verdad significa que hay correspondencia entre nuestras palabras, nuestro discurso y nuestro pensamiento.

También podemos hablar de una *verdad en la comunicación*. Se da cuando los individuos conversan entre sí y un discurso pasa por ellos; es posible que esas palabras sean usadas por ellos de tal manera que tengan las mismas ideas en mente. Pero cuando la comunicación falla, es posible por el contrario que los individuos utilicen al mismas palabras aunque con ideas diferentes en mente. Existe pues una verdad de comprensión o de comunicación cuando hay correspondencia entre el lenguaje utilizado, aquello que la persona piensa y aquello que dice. Sólo cuando existe esta correspondencia podremos hablar en ser verdaderos en la comunicación.

Definición de *verdad*

La definición comúnmente aceptada dentro del pensamiento occidental es: *correspondencia entre la mente y la realidad*. A continuación veamos lo que los grandes pensadores dijeron sobre el asunto y su coincidencia más o menos general:

a. Platón: «Una proposición falsa es aquella que afirma la no existencia de algo que es o la existencia de algo que no es».

b. Aristóteles: «Decir que es aquello que es o decir que no es aquello que no es es decir la verdad; así como es falso decir que no es aquello que es o decir que es aquello que no es».

c. Tomás de Aquino: La verdad en la mente humana consiste en la «*adecuación de la mente a la cosa*», o a lo que es.

d. John Locke: «A pesar de que nuestras palabras significan nada más que ideas, sin embargo, habiendo sido proyectadas para que signifiquen cosas, la verdad que ellas contienen será apenas verbal cuando representen ideas en la mente que no están en conformidad con la realidad de las cosas».

e. William James (pragmatista norteamericano, s.XX): «Pragmatistas e intelectualistas aceptan esta definición (la que venimos esbozando) como punto pacífico», agregando que el problema de la verdad no termina en su definición, sino que apenas comienza.

Podemos ver someramente que hay concordancia general acerca de la naturaleza de la verdad. Resta ahora el problema de saber *qué es lo verdadero*.

El problema de lo verdadero

¿Cómo probar la correspondencia entre mi mente la realidad, el mundo, para saber si aquello que pienso es verdadero? Veamos por qué es un problema importante.

Tenemos la mente y la realidad, y la mente está intentando conocer esa realidad. En la mente existe entonces un pensamiento. La realidad consiste por su parte en existencias. Y esa existencia son cosas a ser aprehendidas o conocidas. En la mente se encuentra solamente abstracciones de formas, no así el objeto conocido que sigue donde estaba al principio, afuera de mí. No tengo entonces manera de corroborar si aquello que tengo en mi mente corresponde exactamente a lo que sigue afuera de mí.

Dicho de otra manera, expresamos nuestros pensamientos por medio de afirmaciones. La realidad consiste sin embargo en hechos sobre los cuales puedo elaborar afirmaciones. Las afirmaciones son verdaderas si corresponden a los hechos. Las afirmaciones son los hechos como yo creo que los conozco. No puedo colocar los hechos de un lado y las afirmaciones del otro y comparar su similitud. No tengo entonces ninguna manera de hacer una comparación directa entre mis afirmaciones y los hechos sobre los cuales ellas se refieren.

Tampoco existe una manera indirecta de saber esto, porque no puedo hacer preguntas «a la realidad», del mismo modo que podría hacer preguntas a otra persona y descubrir si aquello que pienso está de acuerdo con lo que ella piensa. No existe, entonces, modo de recibir comunicación de parte de la realidad para saber si aquello que pienso corresponde con la realidad, con la manera que las cosas son. Es el problema difícil de la verdad.

La verdad demanda consistencia

El principio de la solución del problema es la exclusión de toda contradicción. Hay una señal en nuestra mente que impide que aceptemos dos proposiciones contradictorias al mismo tiempo. Si se nos presente por una parte *a es b* y por la otra *a no es b*, en seguida pensamos que una de ellas no debe ser verdadera, o ninguna en último caso. Este principio permanece en nuestras mentes y nos da la indicación de que si aceptamos una contradicción, estaremos dejando escapar la verdad por alguna rendija.

Este es un detalle importante, porque para que la consistencia o coherencia o ausencia de contradicción sea una señal de verdad o falsedad, se presupone que puede haber una correspondencia entre la mente y la realidad. Porque si la realidad estuviera llena de contradicciones, la presencia de contradicciones dentro de la mente no sería un test o señal de verdad o falsedad. Solamente si la realidad fuera no contradictoria podríamos pensar que cuando encontramos una contradicción en nuestras mentes estamos al menos entrando en contacto con algo que es verdadero y algo que es falso.

La mayoría de los filósofos no se satisfacen con esta señal de verdad. Entre los que aceptan, se encuentra Descartes, para el cual cuando en nuestra mente las ideas son «claras y distintas», o sea, libres de contradicciones, entramos en posesión de la verdad. Spinoza sostiene algo similar.

Nosotros creemos que esta señal, aunque válida, no es suficiente. Si sabemos que dos proposiciones son contradictorias, una de ellas debe ser falsa y la otra verdadera. Pero ¿cuál?

Sólo podremos resolver el dilema si en nuestra mente hubieren afirmaciones o principios que sean dados como verdaderos, de los cuales tengamos certeza de que son verdaderos; o sea, que puedan ser utilizados como medida de la verdad.

Criterios de verdad

Para Aristóteles, *«la mente humana se vale de dos tipos de principios. Están las verdades incuestionables del entendimiento, que son axiomas o verdades autoevidentes, y están las verdades de percepción, verdades que conocemos, que poseemos cuando percibimos materias de hecho, como "Hay una hoja de papel en mis manos", o "Aquí está un libro, yo veo un libro, yo observo un libro"»*. No puedo dudar sobre hechos que caen directamente bajo mis sentidos, así como no puedo dudar de principios autoevidentes como *el todo es mayor que la parte*.

Así, toda la verdad puede ser constatada si algo concuerda o no concuerda con los hechos que conocemos por observación o con los principios que son autoevidentes a nuestro entendimiento. Con ellos en cada extremo podremos decir si todo lo que pensamos es verdadero al no contradecir aquello.

La verdad es inmutable

La verdad es eterna e inmutable. No hay duda de esto. La personas pueden cambiar de idea, y las civilizaciones pueden pasar del error a la sabiduría y viceversa. Pero ese cambio sólo se da en la mente humana. No hay empero cambios en la verdad o en lo que es verdadero.

Si es verdad que el sol calienta, eso será siempre verdadero. Si un día el sol decide dejar de calentar, la afirmación anterior no dejará de ser verdadera, puesto que hasta ese momento el sol había calentado, para luego ser distinto. Por tanto, es razonable decir que la verdad es en sí misma inmutable, aún si nosotros no la poseamos de forma inmutable.